

las naciones y suplicar á sus piés el perdon y la clemencia. Jamás pudieron pensar Moisés y Josué que aquel pueblo sobre todos los pueblos del mundo, que habian sacado de Egipto entre portentos y colocado en la tierra prometida entre prodigios, se humillaria tan vergonzosamente á los piés de las naciones; pero á tan profunda ignominia les habian traído los delitos.

Nabucodonosor los recibió con la soberbia de un vencedor y con la seriedad de un ofendido. Entró en la ciudad, tomó y se llevó todo cuanta dinero habia en el tesoro de la casa del Señor, y de la casa real. Hizo quebrar todos los vasos de oro fabricados para el templo, segun el modelo dado á Moisés, y tambien se los llevó. Tomó cautivos al rey, sus mujeres, la reina madre, los príncipes de la familia real, los consejeros, los jueces, lo principal de la corte, los fuertes del ejército en número de diez y siete mil hombres robustos, y mil armeros é ingenieros, varones guerreros, y todo lo mas florido de Jerusalem, y lo trasportó á Babilonia sin dejar en Jerusalem mas que los pobres del pueblo; y Jerusalem, la señora del mundo, se halló en un momento sin rey, sin príncipes, sin corte, sin tribunales, sin las guardias de su honor y su defensa... despojada de toda su grandeza, y reducida á un lugar habitado por la plebe.

Sin embargo el Señor, cuando ejecutaba las sentencias de su justicia, se acordaba de su misericordia, y al tiempo que despojaba á la ingrata Jerusalem, enviaba al cautiverio hombres singulares que consolasen á los cautivos, les exhortasen á la penitencia, y les hiciesen volver los caminos de la justicia. Tales fueron un Ezequiel, á quien se vió partir al lado del rey, un Mardoqueo y otros hombres principales, sin contar á un Daniel y otros que se hallaban ya en Babilonia en clase de rehenes desde la prision de Joaquin, padre de Jeconías. Nabucodonosor considerándose ahora mas que nunca dueño y señor de la Judea, nombró sucesor á Jeconías. Eligió á Matanías su tío, le tomó el juramento de obediencia á los reyes, de

Babilonia y le colocó en el trono con el nombre de *Sedecías*, que quiere decir *Justicia de Dios*, para que se acordase del juramento que acababa de hacer en el nombre del Dios de justicia. Con esto Nabucodonosor, sin haber castigado mas que á Jerusalem, se volvió á Babilonia, y dejó á Sedecías gobernando con el título de rey la Judea reducida á una provincia del imperio de Babilonia.

SEDECÍAS, VIGÉSIMO REY DE JUDÁ,

hasta la cautividad.

Veinte y un años tenia Sedecías cuando principió á reinar, y reinó once *é hizo lo malo delante del Señor*. Aquí concluyó este feo y lastimoso retrato con que encaheza el historiador sagrado casi todos los reinados de Israel y la mayor parte de los de Judá desde la division del reino de David. Sedecías se portó como se habia portado Joaquin, y no respetó la cara de Jeremías, que le hablaba de parte del Señor. Se entregó como su sobrino y hermanos á las abominaciones de la idolatría. Los príncipes, los sacerdotes, el pueblo... todos prevaricaban á imitación de Sedecías. Se entregaban con furor á las abominaciones paganas y manchaban sin vergüenza la casa que el Señor habia santificado para sí en Jerusalem. Dia y noche enviaba el Señor Dios de sus padres profetas que les reprendiesen, porque no queria acabar con su pueblo y su templo; mas se burlaban de los enviados del Señor y despreciaban sus palabras, haciendo que subiese su cólera contra su pueblo y no quedase remedio, pero el principal profeta de que se valia el Señor era Jeremías.

Ve en vision Jeremías dos canastillos de higos á la puerta del templo.

Á pesar de la corrupcion general habia en Jerusalem, como en el tiempo de Elias, un número, aunque reducido, de fieles Israelitas que no doblaban la rodilla ante Baal; y de los que se hallaban ya cautivos en Babilonia unos habian ido inocentes, y otros, con muy pocas excepciones, se habian reconocido, y entregado, como Manasés en las cadenas, á aplacar al Señor con la penitencia. Despues que Nabucodonosor trasladó á Babilonia á Jeremías y demás que fueron con él al cautiverio, tuvo Jeremías una revelacion, y hé aquí que vió dos canastillos llenos de higos delante del templo del Señor. Los higos del uno eran muy buenos como los primeros que llevan las higueras, y los del otro tan malos que no se podian comer. ¿Qué ves tú Jeremías? le dijo el Señor. Yo veo, respondió el profeta, higos buenos, muy buenos, y higos malos, muy malos que no se pueden comer. Pues así como tú reconoces que estos higos son buenos, dijo el Señor, así yo reconoceré buena la trasmigración de Judá que envié de aquí á la tierra de los Caldeos, pondré en ellos mis ojos para aplacarme, los volveré á traer á esta tierra, los edificaré y no los destruiré, los plantaré y no los arrancaré, les daré buen corazon para que conozcan que yo soy el Señor, y serán mi pueblo y yo seré su Dios, porque se convertirán á mí de todo corazon; y así como reconoces que estos otros higos son malos, así reconoceré yo malos á Sedecías rey de Judá, á sus príncipes y á los de Jerusalem que quedaron en esta ciudad y á los que habitan en tierra de Egipto, y los entregaré á la persecucion y á la afliccion en todos los reinos de la tierra y en oprobio y en burla y en befa y en maldicion en todos los lugares donde los arroje; y enviaré sobre ellos espada, hambre y peste hasta que sean consumidos para que no vuelvan á la tierra que dí á ellos y á sus padres.

No se dice que tan claras y terribles amenazas hiciesen impresion, ni en el rey, ni en los demás á quienes comprendian. Parece que se contentaron con despreciarlas y decir á Jeremías en buenos términos: Tú nos lloras á nosotros que nos hemos quedado en la tierra de nuestros padres y en nuestras casas y ciudades, y felicitas á nuestros hermanos que lo han perdido todo; pues bien, guarda para ellos esa felicidad, y déjanos en paz con nuestras desdichas. ¡Poco conocian la conducta del Señor para con los que ama! El destierro de aquellos llevaba trás de sí preciosas felicidades, y la patria de estos inmensas desdichas, como veremos muy luego.

Liga de Sedecías con las naciones vecinas para sacudir el dominio de Nabucodonosor.

Sedecías á pesar del juramento hecho á Nabucodonosor, el cual lo recordaba sin cesar su mismo nombre, en ninguna otra cosa pensaba con mas calor que en sacudir su dominio. Fuese por invitacion de Sedecías, fuese por la de los reyes convecinos, lo cierto es que se hallaron reunidos en Jerusalem á un mismo tiempo embajadores de Edon, de Moab, de Amon, de Tiro y de Sidon para concertar un tratado de alianza á fin de sacudir el dominio de Nabucodonosor, al que todas estas naciones estaban sujetas igualmente que Judá. Sedecías manejaba este asunto con mucha reserva, mas como para Dios nada hay reservado, y esta alianza debia ser tan desastrosa, trató de destruirla, y dijo á Jeremías: Hazte ataduras y cadenas y las pondrás en tu cuello, y enviarás tambien ataduras y cadenas á los reyes de Edon, de Moab, de Amon, de Tiro y de Sidon por mano de los embajadores que han venido á Jerusalem, y les encargarás que digan á los que les han enviado: Esto dice el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel: Yo hice la tierra y los hombres que viven sobre ella y la dí á quien me agradó,

y ahora he dado á Nabucodonosor, ejecutor de mi justicia, todas estas tierras.

Ataduras y cadenas de Jeremías.

Dispuesto siempre Jeremías á cumplir las órdenes del Señor, manda hacer las ataduras y cadenas; pone las primeras ataduras y cadenas á su cuello; presenta á cada uno de los embajadores las suyas, y como Sedecías era el principal para el levantamiento, se va á palacio y presenta al rey y su corte varias ataduras y cadenas diciendo: Sujetad vuestros cuellos al yugo del rey de Babilonia, y servid á él y á su pueblo y viviréis. ¿Porque, Sedecías, moriréis tú y tu pueblo por la espada, por el hambre y por la peste? No os dejéis engañar. No queráis escuchar á los que hacen de profetas y os dicen: No serviréis al rey de Babilonia, porque os hablan mentira; pues yo no les he enviado, dice el Señor, y ellos profetizan en mi nombre mentirosamente. Este paso de las cadenas llevadas en rededor del cuello del profeta, entregadas á los embajadores y presentadas á Sedecías y á su corte, hizo mucho ruido. Asombraba la intrepidez del profeta y el silencio del rey, pero no se pasaba de aquí. Los crímenes se seguían y no se deshacía la liga, ni se dejaba de dar crédito á los profetas falsos; mas Jeremías desde este tiempo llevaba siempre sus cadenas, y con ellas se presentaba en todas partes por si lograba que predicasen mas eficazmente que su lengua.

Un profeta falso quiebra las cadenas de Jeremías y le hiere.

Un dia que Jeremías cargado con sus cadenas estaba en el atrio del templo delante de los sacerdotes y de todo el pueblo, se presentó Hananías, falso profeta de Ga-

baon, y exclamó: Esto dice el Dios de los ejércitos, el Dios de Israel: Quebré el yugo del rey de Babilonia. No faltan mas que dos años y yo haré restituir á este sitio todos los vasos que tomó Nabucodonosor de la casa del Señor, y haré volver á Jeconías y á todos los de la tras-migracion; y dijo Jeremías: Amen. Así lo haga el Señor; pero escucha Hananías lo que digo á ti y á todo el pueblo que nos oye: los profetas que fueron antes que tú y que yo, profetizaron á muchas naciones y á muchos reinos; unos guerras, desolacion y hambre (y esto haga yo); y otros, por el contrario, paz y felicidades (y esto haces tú). Cuando no dieron otras pruebas que su dicho, decidieron los sucesos. Pues estos dirán ahora si eres tú ó soy yo el profeta verdadero. La propuesta de Jeremías no podía ser mas razonable; sin embargo, desagradó tanto á Hananías, que, arrojándose á Jeremías, le arrancó del cuello las cadenas, las hizo pedazos (eran de madera) y gritó: esto dice el Señor: Así quitaré del cuello de las naciones y quebraré el yugo de Nabucodonosor despues de dos años. No se quejó Jeremías de este atropellamiento, y sin hablar ni una palabra, iba saliendo del templo, cuando vino á él palabra del Señor que le decia: Vuelve á Hananías y dile, esto dice el Señor: Quebraste unas cadenas de madera y con eso harás que Nabuco ponga cadenas de hierro, porque esto dice el Señor de los ejércitos: Yugo de hierro he puesto sobre todas estas naciones para que sirvan al rey de Babilonia y le servirán; y dijo Jeremías á Hananías: No te ha enviado el Señor, y tú has hecho confiar á este pueblo en una mentira. Por tanto, esto dice el Señor: Hé aquí que yo te despacharé de sobre la tierra. Este año morirás, y murió Hananías aquel año en el mes sétimo.

Cumplimiento incontestable de una profecía de Jeremías.

Hay convecimientos tan fuertes y profundos que no dejan lugar á la resistencia, y tal fué el que causó en todos la muerte de Hananías, y esto era cabalmente lo que no queria Sedecías, porque resultando cierto lo que profetizaba Jeremías, era preciso, ó perecer, ó romper la liga. Para salir de este apuro, se entró en interpretaciones sobre la muerte de Hananías, se miró como efecto de la casualidad y no de la profecía, se atribuyó á la enfermedad y no á la mano del Señor, que daba cumplimiento á la palabra anunciada por su profeta, y se habló tanto, que al fin se consiguió oscurecer la verdad, y de un prodigio incontestable se vino á formar un problema, una duda, que es la máxima fundamental de los incrédulos, porque tambien los habia ya en aquellos tiempos. Desde este instante ya las cadenas de Jeremías se miraron como una invención de su triste humor y desconcertada imaginacion.

Embajada de Sedecías á Nabucodonosor y carta de Jeremías á los cautivos.

Asegurado así Sedecías y constante en su alzamiento contra Nabucodonosor, nada omitia para manifestar fidelidad á este príncipe y ocultar su intento. Con este designio le envió una pomposa embajada que le repitiese su agradecimiento por haberle dado la corona y le presentase el tributo convenido. Elasa y Gamarías, fieles Israelitas, ignorantes de los intentos del rey, y muy afectos á Jeremías, iban al frente de la embajada, y luego que el profeta tuvo esta noticia, escribió una larga carta á los cautivos, y la remitió con tan buenos portadores. Esperaba el santo profeta que, si su celo no producía en los hermanos de Jerusalem otro fruto que desprecios y

persecuciones, produciría en los hermanos de la cautividad frutos dulces, como los buenos higos, en los que le habia representado el Señor los cautivos. Sabía que en Babilonia, como en Jerusalem, tenia el espíritu del error sus predicadores, porque entre los cautivos se hallaban tambien falsos profetas que les anunciaban la brevedad de su cautiverio y su vuelta á Jerusalem, donde jamás, segun sus vaticinios, volvería á entrar Nabuco, porque sus hermanos de Judá estaban resueltos á defenderla á costa de toda su sangre. Á combatir, pues, este error en Babilonia como en Jerusalem se dirigia principalmente su carta. Les decia que no creyesen á los falsos profetas que les anunciaban una vuelta muy pronta á su patria : que no contasen con volver hasta los setenta años que habia señalado el Señor : que tratasen de fijarse y servir á su Dios en tierra ajena hasta que le plugiese recibir sus servicios en la propia : que comprasen posesiones, plantasen árboles, los cultivasen y se mantuviesen en el sudor de su rostro sin ser gravosos, ni hacerse odiosos á sus dueños : que casasen sus hijos y sus hijas y se multiplicasen para multiplicar los adoradores del Señor en un pais en que no era adorado, porque no era conocido : que arreglasen en su cautividad un plan de religion, de culto y de costumbre conforme en lo posible á las ordenanzas y ceremonias que Moises habia dejado á sus padres... porque, les repetía, la cautividad durará setenta años, y hasta entonces es necesario servir fielmente al Señor en tierra extraña.

Esta carta, de la que solo hemos extractado lo que conduce al buen orden y claridad de la historia, está llena de instrucciones importantes para los cautivos. El objeto del profeta era limitar la cautividad á la media nacion que se hallaba ya cautiva; conservar la otra mitad en su patria; evitar la ruina de Jerusalem y del templo, y procurar con sus oraciones que el Señor se contentase con la sujecion ó cautiverio que sufrían en su patria bajo el dominio de Nabuco, y no les trasportase á cumplirlo

en Babilonia, dejando entre ruinas á Jerusalem y el templo santo, y desierta la tierra de promision poseida tantos siglos por sus padres. Mas como estos deseos del profeta del Señor eran enteramente contrarios á los de los falsos profetas de Babilonia, escribieron amargas cartas contra él, pidiendo un castigo ejemplar que se habria verificado, si el sumo sacerdote hubiera condescendido. Se cree que enviaron estas cartas con los embajadores que habian llevado la de Jeremías, y volvieron á Jerusalem despues de haber estado una gran temporada en Babilonia.

Visita personal de Sedecías á Nabuco y otras cartas de Jeremías á los cautivos.

Cerca de cuatro años despues de esta embajada, determinó Sedecías hacer personalmente una visita á Nabucodonosor, á rendirle sus obsequios y tratar del bienestar de los cautivos. Esto era lo ostensible del viaje, pero el motivo verdadero era deslumbrar mas y mas á Nabucodonosor con estos obsequios aparentes. Los asuntos de la liga se adelantaban y era preciso adelantar las seguridades al monarca que se queria sorprender. Tambien aprovechó Jeremías esta ocasion para escribir nuevas cartas á los hermanos de la cautividad y remitirlas con Sarayas hermano de Baruc, secretario del profeta. Eran dirigidas á sostenerles en los trabajos y afirmarlos en el servicio del Señor; á conservarlos en la paz con sus dominadores y animarlos con la esperanza de volver á su amada patria en el tiempo que el Señor tenia prefijado. Con este motivo les hablaba de la ruina de Babilonia, y lo hacía tan circunstanciadamente como si escribiese su historia. Encargó á Sarayas que leyese estas cartas á todos los hermanos de la cautividad, y que despues que estuviesen bien enterados de su contenido, las arrollase y atadas á una piedra las arrojasen en

el rio Eufrátes, diciendo : Así será sumergida Babilonia.

Profecía terrible de Jeremías.

Partió el rey acompañado de lo principal de su corte á visitar á Nabucodonosor, y se quedó Jeremías en Jerusalem ejerciendo su ministerio, pero lleno de afliccion porque veía acercarse mas y mas las desdichas de su patria. Por otra parte el Dios de Judá cada vez mas irritado, no le daba sino encargos dolorosos. Anda, le dijo, toma una cantarilla de barro. Haz que te acompañen los ancianos de los sacerdotes, y los ancianos del pueblo. Sal al valle de Enon al alto de Tofet, y predicarás allí las palabras que yo te hablaré. Eran estas palabras amenazas terribles, reprensiones sangrientas, y horrosas calamidades; las cuales predicó el profeta con la intrepidez de que el Señor le habia revestido. Echó en cara á Judá y Jerusalem sus impuros sacrificios, sus escandalosos sacrilegios, sus crueles idolatrías, la sangre inocente derramada en aquel valle delante de los ídolos, los hijos quemados sobre los altares de los Baales... Á esta relacion terrible de cargos añadió otra no menos terrible de castigos. Ya vienen los dias, les dijo, en que no se llamará *Tofet* este valle, sino *Matanza*. El Señor echará por tierra á Judá y á Jerusalem á golpe de espada por mano de los que buscan su sangre; sus cadáveres serán pasto de las aves del cielo y de las bestias de la tierra; Jerusalem será la ciudad del espanto y el silbido; todos los que pasen por ella, quedarán asombrados y silbarán sobre sus plagas; en el cerco y aprieto en que les pondrán sus enemigos, comerán los padres y las madres las carnes de sus hijos y sus hijas, y cada amigo comerá la carne de su amigo. A este tiempo estrelló el profeta la cantarilla delante de los varones que habian ido con él, y dijo : Así hará el Señor con este lugar y sus moradores, y pondrá á esta ciudad

como á Tofet, lugar de fuego y de matanzas. Volvió Jeremías de Tofet á Jerusalem, y puesto de pié en el atrio de la casa del Señor, dijo á todo el pueblo : Esto dice el Señor, el Dios de Israel : Hé aquí que yo traeré sobre esta ciudad y sobre todas las ciudades de Judá todos los males que he hablado contra ella en Tofet, porque sus moradores endurecieron sus cervicés para no escuchar mis palabras.

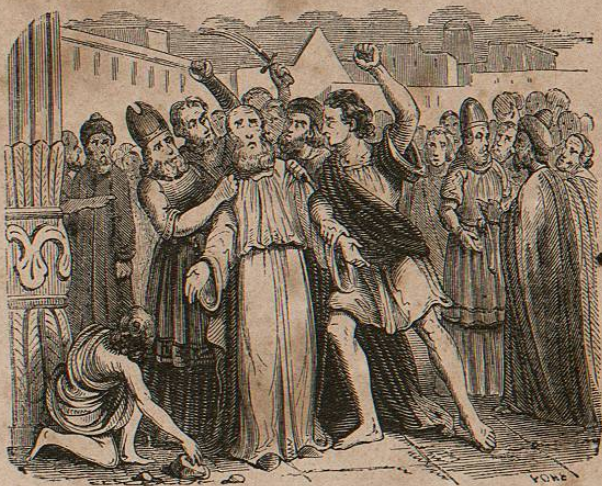
Prision de Jeremias.

Fasur, prefecto de la casa del Señor, oyendo estas amenazas de Jeremías contra Judá y Jerusalem, se llenó de cólera, hirió al profeta (unos dicen que le abofeteó, y otros que hizo que le diesen los treinta y nueve azotes que permitia la ley), y le puso en un cepo. Fasur, ó pesaroso de haber tratado tan mal á Jeremías, ó temeroso del pueblo que, á pesar de su indocilidad y dureza, le miraba y escuchaba con respeto, le sacó del cepo al otro dia cuando apenas habia amanecido. Los golpes, la cárcel y el cepo en nada disminuyeron la intrepidez del profeta, quien al salir de la prision, dijo á Fasur : No quiere ya el Señor oír tu nombre. No te llamarás *Fasur* sino *Pavor*, porque esto dice el Señor : Hé ahí que entregaré al pavor á ti y á todos tus amigos, y estos caerán al golpe del cuchillo de sus enemigos. Pondré á todo Judá en la mano del rey de Babilonia, y á unos matará con espada y á otros trasladará á Babilonia; y daré todas las riquezas de esta ciudad y todos los frutos y todos los tesoros de los reyes de Judá á sus enemigos, y los llevarán á Babilonia. Tus ojos lo verán, y tú y todos los moradores de tu casa iréis en cautiverio á Babilonia, y allí morirás y serás enterrado tú y todos tus amigos á quienes profetizaste mentira. Fasur, que se habia irritado por las amenazas que hizo el profeta á la nacion en general, se vió precisado á sufrir los anuncios terri-

bles que le hace aquí en particular, sin pensar mas en prisiones, ni responder ni una sola palabra. ¡Tanta es la autoridad de los ministros de Dios sobre el poder de los hombres!

Vuelta de Sedecías á Jerusalem y amor de los cautivos á Jeremías.

Todo esto pasaba en Jerusalem mientras que Sedecías hacia la corte á Nabucodonosor en Babilonia. Esta visita, que fué muy cumplida, no tanto por el motivo del buen tratamiento de los cautivos, cuanto por desvanecerse cualquiera sospecha que pudiera haber formado Nabuco acerca de su fidelidad, y sobre todo por ocultar la liga que se formaba para un levantamiento general, dió tiempo á Sarayas para enterar á los hermanos de la cautividad de las nuevas cartas de Jeremías y arrojarlas despues en el Eufrates segun se le habia prevenido. Todo se hallaba ya cumplido cuando Sedecías trató de volverse á Jerusalem, y Sarayas, que le habia de acompañar, se despidió de los cautivos, quienes le encargaron encarecidamente que hiciese presente á su padre Jeremías todo el agradecimiento, todo el amor y todo el cariño de aquellos sus reconocidos y tiernos hijos. Cuando Sarayas volvió á Jerusalem y se presentó á Jeremías haciéndole presente la conversien y penitencia de los pecadores de la cautividad, la perseverancia y piedad de los inocentes y el amor que les merecia como enviado del Señor, tuvo un consuelo que acaso no le habia experimentado mayor en su vida. Bien quisiera Jeremías que fuesen semejantes las disposiciones de los que habian quedado en Judá y Jerusalem, y á fin de estimularlos por una generosa emulacion, les referia circunstanciadamente el religioso porte de casi todos los hermanos de la cautividad; pero nada consiguió con este remedio, como



sucedió con todos los demás que les aplicaba, porque eran ya unos enfermos incurables.

Sedecías volvió de Babilonia á Jerusalem tan idólatra y tan impío como había salido de ella, si ya no había aprendido nuevos modos de ofender al Dios de Abraham en el tiempo que vivió en una corte idólatra. Ya se hallaba Sedecías en el sexto año de su reinado, y todavía no se consideraban los aliados en tiempo de emprender al alzamiento general. Aun se pasaron tres en disposiciones y prevenciones por parte de los aliados para el rompimiento, y en exhortaciones y amenazas por parte de los profetas para impedirle, en reprensiones de los ministros del Señor á los idólatras y á los impíos y en aumentos de las idolatrías y las impiedades. Tal es la pintura que nos hace la historia de estos tres años, no quedando ya sino uno y meses de monarquía, si tal podía llamarse un reino tributario de un monarca poderoso y que caminaba aceleradamente á su ruina.

Mientras que Jeremías exhortaba y amenazaba en Jerusalem, otro gran profeta levantaba la voz en Babilonia y hacia que llegasen al endurecido y atropellado Judá las revelaciones que recibía del cielo sobre sus calamidades. Este profeta era Ezequiel, cuyas profecías presentan como en un lienzo los hechos que ya hemos referido y los que faltan que referir.

EZEQUIEL, OTRO DE LOS PROFETAS MAYORES.

Era Ezequiel hijo de Buzi de la familia sacerdotal, como Jeremías, y su paisano y compañero, aunque separados por muchas leguas. Vivía en Jerusalem, y cuando en el reinado de Jeconías fué sitiada esta ciudad por las tropas de Nabucodonosor, y entregada á este monarca, Ezequiel fué llevado cautivo á Babilonia con Jeconías y los demás que tomó prisioneros Nabucodonosor en esta ocasion. Pasó los cuatro primeros años y parte del

quinto confundido con los demás cautivos hasta que le declaró el Señor el ministerio á que le tenía destinado. Juzgando del carácter de este profeta por los escritos en los que el Señor, que es el autor, deja que se perciban las calidades del instrumento animado de que se vale, Ezequiel fué uno de los mas bellos ingenios de su tiempo, de vasta erudicion, de grandes noticias y de una habilidad consumada. Su estilo es vivo, ardiente, noble y figurado, y sus escritos estan enriquecidos con sentencias admirables y comparaciones magnificas; pero lo mas notable en ellos es su tierna piedad para con Dios, su celo infatigable por la salud de sus hermanos, un odio santo á los enemigos del Señor, una intrepidez constante en los mayores peligros, y para decirlo de una vez, aquel conjunto de virtudes que le hicieron digno cólega de un Jeremías. Vamos á presentar en compendio sus profecías sobre la cautividad de Judá y la destruccion de Jerusalem y del templo, y en ellas admirarémos todas estas calidades.

Su vocacion al ministerio de profeta.

El año quinto de la trasmigracion de Joaquin (Jeconías) el día cinco del mes cuarto, estando Ezequiel en medio de los cautivos, junto al rio Cobar (el caudaloso Eufrates) se abrieron los cielos y vió visiones de Dios. Vió que venia del Aquilon un torbellino y una grande nube y un fuego envolviéndose en ella. Vió tempestades, relámpagos y rayos, y que del medio del torbellino salió una carroza conducida por cuatro querubines con figuras de hombres, y que volaba con ímpetu de norte á mediodía. Sobre esta carroza vió un trono centelleando, y en el trono una semejanza de la gloria del Señor, y al verla cayó sobre su rostro, y sobrecogido, oyó una voz que le decia : Hijo de hombre, ponte sobre tus piés y oye; y oyó una voz que le decia : Yo te envío á los hijos de Is-

rael, gente apostatriz que se ha apartado de mí, gente de dura cerviz y de corazón indomable, pero no la temas. Vió también en una mano un libro arrollado, y que le desenvolvía y ponía á su vista, y vió que estaba escrito por dentro y por fuera, y que todo lo que había escrito en él eran *lamentaciones, cantos tristes y ayes*.

Entonces oyó una voz que le decía : Come ese libro, y vé á hablar á los hijos de Israel. No eres enviado á pueblo de lengua desconocida para ti, y si fueras enviado á gente desconocida, ellos te oirían, pero la casa de Israel no querrá oírte á ti, porque no quiere oírme á mí; porque son de frente trillada y de corazón endurecido; pero yo he hecho tu rostro mas fuerte que el suyo y tu frente mas dura que la suya. Te he dado un rostro como de diamante y como de pedernal. No les temas ni dejes de decirles cuanto yo te comunique, porque, si diciendo yo al impío : morirás, tú no se lo anunciases, ni hablases para que se aparte de su impío camino y viva, el impío morirá en su maldad, pero yo demandaré su sangre de tu mano. Mas si tú lo anunciases al impío y él no se convirtiere de su impiedad y apartare de su impío camino, él morirá en su maldad, mas tú libráste tu alma; y si el justo se apartare de la justicia y muriere porque tú no le apercibiste, demandaré su sangre de tu mano, mas si le apercibieres para que no peque, y él no pecare, él vivirá y tú libráste tu alma.

Profecía terrible contra Jerusalem.

Esto, pues, dice el Señor sobre Jerusalem, y tú se lo anunciarás : En medio de las naciones te puse para mí y tú despreciastes mis ordenaciones, y fuiste mas impía que las naciones que te rodeaban y abandonaste mis preceptos mucho mas que los que vivían en tu contorno; por tanto, esto dice el Señor á Jerusalem : Aquí estoy contra ti, y haré mis castigos en medio de ti á la vista

de todas las naciones, y haré contra ti, á causa de tus abominaciones, cosas que nunca hice (en Judá). Comerán los padres á sus hijos y los hijos comerán á sus padres. Como tú profanaste mi santuario con todas tus abominaciones, yo también te quebrantaré y no te perdonaré mi ojo. La tercera parte de ti morirá de peste y será acabada de hambre en medio de ti. Otra tercera parte caerá á filo de espada en tu rededor, y dispersaré la otra tercera á todo viento, y desenvainaré espada detrás de ella. Completaré mi furor; te reduciré á un desierto y serás el oprobio, la blasfemia, el escarmiento y el espanto de las naciones que están en tu rededor. Tierra de Judá, el fin llega, llega el fin sobre ti. Hé aquí que viene la aflicción, aflicción única. El fin llega, llega el fin, viene sobre ti el quebrantamiento, llega el tiempo, cerca está el día de la matanza. Ahora de cerca derramaré mi ira sobre ti, y completaré en ti mi furor. Te juzgaré segun tus caminos, y pondré sobre ti todas tus abominaciones. No me apiadaré de ti, y sabrás que yo soy el Señor que castigo. Vino el tiempo, acercóse el día, espada por fuera, peste y hambre por dentro. El que está en el campo morirá por la espada, y los que están en la ciudad por la peste y el hambre. Los que se salvaren en los montes, estarán temblando por causa de su maldad. Todas las manos se disolverán, y de todas las rodillas correrán aguas. Les cubrirá el miedo, en su cara habrá confusión y se caerá el pelo de sus cabezas. Haz conclusion, se dijo aquí al profeta, porque la tierra acaba llena de sangre.

Otra profecía acaso mas terrible.

Mucho mas terrible era el lenguaje de Ezequiel, que lo que hemos acertado á decir en este compendio; pero despues de un año y meses tuvo otra vision acaso todavía mas espantosa. Estando con los ancianos de Judá,